



LA GUERRA.



## I.

Se alargan en riente amplia cadena  
negros valles y plácidas colinas,  
verdes campos y casas blanquecinas  
y jardincillos rojos de verbena.

Alzan al aire, vívida y serena  
su cresta encadenada las vecinas  
montañas, y á su pié van cristalinas  
las aguas murmurando entre la arena.

Todo calla: del bosque en la espesura  
sale sólo un rumor seco y violento,  
y humeante una franja de blancura.

¡Ah, se niega, se niega el pensamiento  
á creer que en lugar tan sonriente  
sucumbe reluchando tanta gente.

## II.

Pero es hermoso ver los movimientos  
que al invadir el campo, las legiones  
del ejército fiero, en pelotones  
operan á una voz todos atentos.

Erizados de espadas, polvorientos,  
desfilan los ligeros escuadrones,  
y en órden regular, por batallones  
ondean los pesados regimientos.

Una columna ahora se dilata  
de bravos cazadores impacientes,  
que brilla cual si fuera viva plata;

Corónase de lanzas relucientes  
el monte, y en horrenda catarata  
ruedan las baterías imponentes.

## III.

El eco de la música guerrera  
resuena por do quier en el instante,  
y en el ánimo enciende la incitante  
lumbre del entusiasmo en rica hoguera.

Entre el bélico son, óyese, fiera  
la imprecacion de la lejana amante,  
la oracion de la madre palpitante  
y del padre la voz alta y severa.

Por el ambiente vuela la armonía  
consoladora, y por secreto arcano  
el ánimo se encuentra más segura.

Dispónese á morir el aldeano,  
mas pensando en su pueblo con ternura,  
seca un lloro que no es de cobardía.

## IV.

De las balas, declaro que es un hecho  
que en todos cause efecto su silbido,  
pues parece que Dios les ha infundido  
espíritu que en ellas vive estrecho.

Cuál, muje en són de ira y de despecho,  
cuál, pita con horrísono maullido,  
otra lanza un adios en triste aullido  
oprimiendo angustioso nuestro pecho.

Son agudos silbidos repugnantes,  
insultos, risas cínicas, feroces,  
de locos en su furia agonizantes;

Los gritos de Belona y de Quimera,  
toda suerte de músicas y voces,  
pero ni una tan solo placentera.

## V.

¡Y qué raza fantástica y amena!  
una te entra en el cuerpo: allí se aplasta;  
ésta pronto se escurre; á otra le basta  
jugar con el reloj y la cadena.

Esa, graciosa te acaricia buena;  
presto te trinca la de fina casta,  
cuela en el pecho aquella, cruel devasta  
y escapa por la espalda tan serena.

Una te vácia un ojo como un gato,  
al diablo te manda otra derecho  
y esotra te condena al celibato.

Y las balas despues de los cañones,  
si tanto así te rozan en el pecho...  
¡lo que es esas no entienden de razones!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

31047

## VI.

¡Si viéseis los solícitos doctores!  
ningun comparable afan á aquel se halla;  
y cose; faja, liga, corta y calla,  
sin tiempo á aplacar tantos clamores.

Ansiosos, entre angustias y sudores  
son el faro de paz en la batalla,  
en medio de los cascos de metralla,  
del humo, de la sangre y los dolores.

Uno jóven recuerdo, rubicundo,  
por la matanza cruel lleno de espanto  
mas de inmensa piedad hirviendo el pecho,

Que besaba al curar al moribundo:  
¡y era más bello aquel su terror santo  
que la calma soberbia del despecho!

## VII.

Puede allí verse la natura humana:  
el semblante del héroe es blanco armiño,  
mientras que el rostro del endeble niño  
la muerte espera en calma soberana.

Con sarcástica risa, ve cuál mana  
su propia sangre, audaz barbilampiño,  
en tanto que en curarlo con cariño  
otro, también bisoño, allí se afana.

Padre-nuestros murmura aquel fervientes,  
esotro permanece ensimismado,  
y quién rechina con furor los dientes;

Y hay quien lleno, al bajarse, de emociones...  
No ¡vive Cristo! á un hombre en tal estado  
no lo hiciera sentar en mis sillones.

## VIII.

Pero hay otro valor: el inconsciente del terrible soldado, el bravo oscuro que le pone á la muerte gesto duro con un frío desprecio impertinente.

Decirle:—No seas loco inútilmente, lo mismo que decírselo es á un muro; pues parece que está siempre seguro al amparo de Dios omnipotente.

En el momento de largar el taco, es capaz de tentarle la paciencia á Dios, por un adarme de tabaco;

Y, dirá, terminada la pendencia, al secarse la sangre de un buraco:—¡Eh, que el tabaco es mío sin falencia!

## IX.

Descienden de la cima hasta los llanos mudos piquetes, tristes y severos, en medio de los cuales, prisioneros ora van los heridos ó los sanos.

Sustentan las camillas veteranos; dejan ellas en pos rojos regueros de las heridas que labraron fieros los ódios de enemigos inhumanos.

Bajan todos á pasos desiguales, pintada la postrer hora en la cara, como largos cortejos funerales.

Llegado á un punto cada cual se pára y vuelve el rostro hácia la enhiesta cumbre, aún blanquizca porque arde en viva lumbre.

## X.

Por toda la humeante ancha corona  
de los montes la hueste fiera ruje,  
y al despeñarse con violento empuje  
la gran victoria su clamor pregona.

Insolente el clarin toques entona  
de triunfo, en tanto que el vencido muje,  
y estremecida la garganta cruje  
por las salvas que van de zona á zona.

Y á los que huyendo bajan de la cima,  
una avalancha de sañudo acero  
cae delirante de su espalda encima.

Y del vencido el eco lastimero  
se percibe en el fondo de la sima,  
y allá y aquí, sangriento yacadero.

## XI.

¡Oh, qué maldito cúmulo de horrores  
en campos y jardines! Van cubiertos  
de sangre los arroyos de los huertos,  
relatando desdichas á las flores.

Se ceba la victoria en sus furores:  
los mutilados, por el frío yertos,  
deformes á su lado ven los muertos  
que holláran con su pié los vencedores.

En los pueblos á sangre y fuego entrados  
invocan á sus madres los heridos,  
de entrañas palpitantes rodeados.

Los vencedores, sin prestar oídos,  
pisotean los cráneos machacados,  
en inaudito vértigo sumidos.

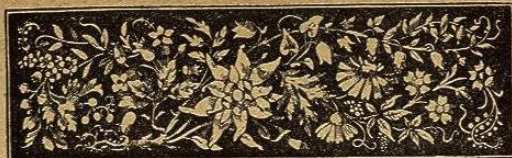
## XII.

Mas día ha de llegar en que sepulta  
quede esta lid; los dulces sentimientos  
secarán tales fuentes de cruentos  
rudos estragos que la guerra oculta.

Pero el hoy al ayer jamás insulta:  
el mundo admirará tantos tormentos,  
y el valor, el teson, los sufrimientos  
á que debe la paz de Edad más culta.

Y los pendones venerados, santos,  
de la pasada Edad signo y memoria,  
se colmarán de honores y de llantos;

Un arco eterno cruzará la tierra;  
la humanidad al frente pondrá: «¡Gloria  
á cuantos sucumbieron en la guerra!»



Á MIGUEL LESSONA.

